

SE NECESITA UN METRO DE SOMBRA

Pedro
Arenas

En estos desiertos de sal, el viento perdió los caminos y no va a ninguna parte. La luz siempre está tendida y el sol camina sediento a todo lo ancho del día y se va a dormir al mar, a la sombra de la noche. Ese sueño es su necesidad cotidiana. Sobre la arena refulgente algunos algarrobos extendieron su sombra bajo el ala de su fronda y de ello debieron aprender los hombres racionales que, el sol es bueno cuando produce sombra. Y en esa sombra se enraíza la vida, se aman las palomas, canta el chilalo en celo, y los hombres fundan sus viviendas ordenando su vida. Y los padres, cuanto más viejos, son más tiernos con sus hijos. Así la sombra en estas tierras del sol es el amor fundamental.

Si señor, así es.

Aquí nunca faltó el sol.

Aquí nunca faltó el cariño a la gente. Porque así es Piura. Pero, ahora cuando el calor se intensifica por el cemento y el asfalto que supone la modernidad, se comienza a sentir la indolencia de las personas y un extraño desentendimiento de las cosas. La gente camina sin mirar, automáticamente.. ¿Es que ya no son los mismos piuranos o estos piuranos ya no son los mismos de entonces? Vemos pasar por las calles llenas de sol a paisanos vacíos de amistad, sin saludos y sin sombrero. ¿Se está perdiendo el carácter local o se olvidó la identidad? Eso no lo sé.

Pero... nuestro mestizaje ha olvidado las raíces del pasado y la inteligencia de su creación. Eso sí es malo. En los países de largos inviernos la vida humana se reúne alrededor del "hogar", es decir junto al calor de la hoguera. Y aquí en las tierras de sol vigoroso las sociedades se fundan a la sombra de los alares de sus casas y las familias a la sombra de sus padres. Si el hogar es el fuego que alimenta la leña del amor y la sombra paterna es la intimidad familiar que se reúne al calor de la palabra ancestral, no debemos perder la sombra que hizo buena a nuestra familia y cariñosa a nuestra gente. Es bueno que el prójimo siga caminando alegre bajo el alar de las casas

piuranas.

Nuestros antepasados autóctonos, a la calentura del desierto salobre y luminoso, le respondieron haciendo casas llenas de sombra y frescura. Así, la sombra y el frescor serían el ligamen de la vida familiar y la tradición. Cuando llegaron nuestros otros antepasados de tierras frías, del otro lado del océano, entendieron rápidamente la función de la sombra y -entonces- sus casas "solariegas" fueron diseñadas con techos de largos alares, tanto para sus patios interiores donde corrían los niños, como para los exteriores en las calles, donde transcurría la amistad del vecindario. Y aún hay algunos testigos vivos de esa lógica tradicional: hay casas con alares para dulcificar el tránsito de los peatones y ello nos hace sentirnos bien en los lares piuranos.

Digo:

Que algunos están vivos, porque la picota irracional que derribó el alar de los techos, aún nos ha dejado otros para prestarnos su sombra, esa sombra tan vital en esta tierra de sol mortal. Así, es hermoso ver en las calles tradicionales de Piura la sombra que saluda a los transeúntes, esa sombra que es respuesta racional e inteligente de los arquitectos de entonces. Y por ello me olvido de la maldad que pretende seguir destruyendo uno de los rasgos más característicos del espíritu piurano, pues estoy bajo un alar y gozo de la frescura de su amistad. Estoy a la sombra de Piura. A los techos de sus casas no les cortemos las alas de su abrazo porque le estaremos cortando las herramientas de su amistad.

Piura, 22 de Agosto de 1,995.